



# *EL BÁCULO*

*Los Libros del Destino I*

*por Robert Vera*

# I

Faltaban pocos minutos para la medianoche y, aunque al día siguiente era lunes y tenía que madrugar para ir al instituto, Rose seguía despierta. Como tantas otras noches, no podía dormir y estaba sentada en su habitación mirando por la ventana, escuchando música y soñando despierta.

La luna llena hacía brillar la nieve que cubría completamente las montañas y árboles de Zermatt, un pequeño pueblo del del valle del Ródano, en Suiza. Ya hacía un par de meses que la nieve pintaba de blanco las calles y los tejados de las casas, solo quedaban diez días para el principio de la primavera, pero no parecía que el invierno fuese a acabar.

Zermatt es un pueblo pequeño, situado a los pies del Monte Cervino, una de las montañas más famosas de los Alpes. Su ubicación privilegiada crea un microclima que normalmente protege al pueblo de inviernos muy duros y veranos demasiado calurosos, pero este año las tormentas han sido tan fuertes y continuadas que durante semanas han tenido que cerrar las estaciones de esquí, dejando al pueblo en una inusual y aburrida inactividad.

Sólo los más ancianos recordaban un invierno tan largo y frío, hacía más de cincuenta años, en la famosa Gran Nevada, llamada así porque en aquella ocasión, Zermatt quedó incomunicado durante un mes y medio. Aun son muchas las leyendas que se contaban en el pueblo acerca de cómo sobrevivieron los habitantes a tanto tiempo de cautiverio, historias de increíbles aventuras y seres fantásticos que mágicamente aparecieron para ayudar. Historias que todos los jóvenes se tomaban a risa.

Esa noche, el temporal de nieve se había tomado un breve descanso, y en el cielo se veía la luna y alguna estrella a través de las nubes rotas. Desde la ventana situada en la segunda planta

de su casa, Rose tenía una vista privilegiada del pueblo y las montañas. Todo estaba tranquilo, como siempre, apenas se veían luces encendidas y sólo el humo de unas pocas chimeneas y el ruido de algún coche rompían la perfecta fotografía del paisaje.

A sus diecisiete años, Rose sentía que su vida era un monótono bucle sin fin. Había pasado otro domingo más, aburrido, sin nada diferente a todos los anteriores, daba igual que fuese invierno o verano, siempre era la misma rutina. Su madre la había despertado bien pronto para que la ayudase a limpiar la casa, “no hay gloria para el ocioso”, les decía a ella y a su hermana Susana todos los fines de semana. Para Rose solo era una excusa más de su madre para torturarla y hacerle la vida imposible.

A mediodía había ido con sus padres y su hermana a comer a casa de sus abuelos maternos, los paternos habían muerto en un desgraciado accidente mucho antes de que ella naciera con lo que, a excepción de una tía de su padre que hacía muchos años se había ido a vivir a Londres, era la única familia que tiene. El sueño secreto de Rose era irse a vivir con su tía, pero sabía que su madre nunca lo permitiría, y su padre siempre decía y hacía lo que su madre decía.

Por la tarde estuvo escuchando música, hablando con sus amigos por el móvil y leyendo en su habitación. A última hora y corriendo, para no perder la costumbre, había hecho los deberes que tenía para el día siguiente mientras se peleaba con su hermana, que no dejaba de entrar en su habitación y molestarla. Ese había sido su fantástico domingo, aunque podría ser la descripción de cualquiera de los anteriores cien.

Aunque había algo que la animaba, ese año por fin iba a cambiar su vida, era su último curso de instituto, lo que significaba que después del verano iría a estudiar a la universidad, en Ginebra. Aún no había decidido qué carrera hacer, ni a qué se quería dedicar, estaba muy perdida. Pero el hecho de irse a vivir fuera de casa, tener libertad, hacer lo que quisiera sin soportar a su madre y a su hermana ya era suficiente alegría.

Pese a todo, los días se le seguían haciendo eternos, y ni siquiera la idea de cambiar de vida dentro de unos meses la motivaba lo suficiente para que pasasen más rápido. Sólo sus grandes aficiones, leer y escuchar música, y quedar con sus amigos, la distraían un poco de su realidad. Desde pequeña fue una gran lectora, leyendo todo lo que caía en sus manos, ya fuese literatura clásica o actual, en su desordenada habitación siempre había libros de la biblioteca que se olvidaba de devolver a tiempo.

- Qué pase algo en mi vida - deseó con un susurro al ver cómo una estrella fugaz cruzaba las nubes.

Y así, noche tras noche, Rose se quedaba absorta mirando al cielo y a las montañas, pidiendo deseos imposibles que nunca se cumplían.

A unos kilómetros al este del pueblo, en la parte alta de una de las muchas montañas que lo rodeaban, donde el bosque perdía la densidad de los árboles y la pendiente es más

pronunciada, se empezó a oír un ligero zumbido. El sonido era imperceptible para el oído humano, pero no para los pocos animales que estaban en la zona y que se escondían asustados en sus madrigueras o huían rápidamente dejando diminutas huellas en la nieve.

Al mismo tiempo que el zumbido se volvía más agudo y molesto, apareció un pequeño punto de luz, suspendido en el aire a un metro del suelo, no más grande que una moneda, pero reluciente como un sol en miniatura. Tanto era el calor que salía del punto de luz que se derritió toda la nieve del suelo, arbustos y rocas en un radio de cinco metros.

El sonido y la luz aumentaron de intensidad rápidamente para de repente desaparecer y volver el silencio y la oscuridad por unos segundos, tras los cuales la luz apareció de nuevo y en lo que dura un pestañeo, expandirse hasta convertirse en un portal que brillaba con una cegadora luz amarilla.

En su habitación, Rose ya se estaba dando media vuelta en el alféizar de su ventana para irse a la cama, cuando de reojo vio una luz en el exterior. La curiosidad le hizo girarse tan rápido para mirar por la ventana que su cabeza chocó aparatosamente contra el cristal.

- ¡Ay! - se quejó llevándose las manos automáticamente a la boca para no hacer más ruido. Su madre se enfadaba mucho cuando se acostaba a dormir tarde y al día siguiente le costaba levantarse para ir al instituto.

Tras aguantar la respiración unos segundos, temerosa de haber despertado a sus padres o, lo que hubiese sido aún peor, a su metomentodo hermana pequeña, Rose empezó a renegar en susurros por su estupidez y a frotarse la frente con fuerza para intentar aliviar el dolor.

Entre el fuerte golpe y el haberse acercado tanto a la ventana, se formó en el cristal una cortina de vaho que le impedía ver el exterior. Con la manga de su pijama lo limpió todo lo rápido que pudo, pero al acabar ya no ve nada, todo está igual que siempre.

- Me estoy volviendo loca - se dijo a sí misma sin dejar de acariciarse la frente mientras seguía mirando por la ventana.

Pero Rose estaba segura de lo que ha visto y no dejaba de achinar los ojos, mirando con atención el paisaje, intentando volver a ver la misteriosa luz. Recordaba que tenía unos prismáticos que su abuelo le regaló hace años, cuando cada domingo salían a caminar por la montaña, pero temía que si los iba a buscar volviese a aparecer la luz y perdersela. Su abuelo era una enciclopedia viviente de los Alpes, le había enseñado todas las especies animales, la flora, los caminos, las cuevas, las historias y leyendas. "Qué interesante me parecía antes y que aburrido ahora", pensó.

Sin previo aviso, la luz volvió a aparecer, esta vez mucho más intensa y grande que antes. La casa de Rose estaba situada al suroeste del pueblo, en una calle elevada por encima del resto, por lo que, desde su habitación, situada en la segunda planta, tenía unas vistas perfectas de las montañas donde había aparecido la misteriosa luz que miraba absorta, sin pestañear.

Rose intentaba encontrarle una razón lógica a lo que estaba viendo. La luz no se movía, por lo que no era de una linterna, un coche o una moto. Además, en esa parte de la montaña no vivía nadie, y en esa época, y mucho menos a esas horas, no debería de haber cazadores ni montañistas.

- Un esquiador - se dijo a sí misma -. Se ha perdido y...

Pero no finalizó la frase, no se le ocurría cómo un esquiador podía tener ese tipo de luz tan potente, y, además, en esa zona nadie esquiaba por la cantidad de arbustos y piedras que había. Por muchas teorías que pensaba Rose estaba demasiado lejos para ver lo que verdaderamente sucedía.

Luana salió disparada del portal de luz que ella misma había creado. Al poner sus alargados y descalzos pies en la fría desnivelada superficie nevada, perdió el equilibrio y, desorientada, empezó a caer por la pendiente sin poder aferrarse a nada para detenerse. Su alto, rojizo y desgarrado cuerpo rodó aparatosamente montaña abajo unos cuantos metros, golpeándose contra las rocas y chocando con los pequeños árboles que se encontraba durante su caída, hasta que consiguió frenar, clavando con fuerza en el suelo un alargado báculo que llevaba en su mano derecha.

Se levantó ágilmente de un salto, pero la inestabilidad de la superficie nevada, a la que no estaba ni adaptada ni acostumbrada, la hizo volver a caer unos metros más. Finalmente, tras volver a clavar el báculo en el suelo, se apoyó en él para levantarse con cuidado, ponerse de rodillas, coger un poco de aire y estudiar la complicada situación en la que se encontraba.

- Frío, nieve, el olor del aire... ¡Estoy en La Tierra! – exclamó sorprendida -. Es el peor lugar posible, ¿por qué me has hecho esto? - preguntó Luana al báculo que sostenía en su mano derecha, como si fuera un ser vivo que la pudiese entender, mirándolo con una mirada mezcla de cansancio y tristeza.

Como si la oyese y quisiera pedirle perdón, el báculo brilló tenuemente con una luz cálida, del mismo color blanco que el pelo de su compañera.

- No es tu culpa, amigo mío - suspiró mirándolo -. Debo de estar más cansada de lo que pensaba, abrir tantos portales en tan poco tiempo me ha dejado muy débil y, junto a todas las peleas que hemos tenido, te he dejado sin energía, pero tenemos que...

Luana no pudo acabar la frase, un rayo de luz de color verde pasó a escasos milímetros de su cabeza, con tal potencia que su larga y lacia cabellera blanca se movía con fuerza, tapándole la cara momentáneamente y sacándola de su aturdimiento, recordándole que todavía está en peligro.

Aunque se encontraba cansada, sus reflejos fueron inmediatos, y moviéndose más rápida que cualquier ser vivo de ese primitivo planeta en el que se encontraba, Luana se incorporó de un salto, se quitó el pelo de la cara con un movimiento natural de su mano izquierda y miró con

atención de donde ha venido el disparo, pudiendo comprobar con angustia que unos metros más arriba sus perseguidores estaban cruzando el portal aun abierto.

Normalmente, los portales que creaba se cerraban inmediatamente al pasar ella, pero en los últimos días ya no era así, se quedaban abiertos durante más tiempo. Luana no sabía si era problema del báculo, una herramienta tan antigua como aun desconocida, o que los mercenarios que la perseguían habían encontrado la forma de mantenerlos abiertos hasta que ellos pasasen. Fuese cual fuese el problema tendría que esperar, primero debía que seguir viva, y no iba a ser nada fácil.

Sus perseguidores eran los Senkabi, los mercenarios más implacables de todo El Orbe, el conjunto que formaban los siete planetas habitables en el universo. Cada año, cientos de seres eran reclutados con el mismo sueño: llegar a ser un Senkabi. Durante meses se entrenaban en técnicas de combate, armamento, rastreo, tortura, además de ser modificados genéticamente para sobrevivir en cualquier superficie y clima, con lo que no tenían los problemas de Luana para adaptarse a cualquier lugar. Sólo los más crueles, sanguinarios y despiadados conseguían sobrevivir al entrenamiento y ser merecedores de formar parte del selecto clan.

Entre los Senkabi había guerreros, magos, sacerdotes e incluso médicos y científicos. Trabajaban siempre bordeando la ley, y sus medios y armas eran, en muchas ocasiones, mayores y más poderosos que los del ejército de la Reina. Cazaban a los seres más peligrosos buscados por la ley, participan en guerras, provocan exterminios, roban, mutilaban y hacían cualquier barbaridad por la que les pagasen, todo con un solo fin: conseguir poder y riquezas.

De los doce que habían emboscado a Luana dos días atrás, ya sólo quedaban cuatro, y no le daban un momento de respiro. Los Senkabi eran famosos por no dejar nunca escapar a su presa, la perseguían hasta que la cazaban o morían en el intento, lo que les esperaba si fracasaban en una misión era peor que la muerte.

Luana no sabía porqué de repente la atacaban, pero tenía claro que buscaban.

- ¡Por la Diosa, os juro que nunca me quitaréis El Báculo! - les gritó desafiante, su aguda voz resonó en las montañas.

Con un movimiento rápido y delicado, como si bailase, Luana levantó el báculo y disparó con precisión a sus perseguidores, al mismo tiempo que se daba la vuelta para seguir huyendo. De la punta del báculo salió disparado un potente rayo de luz blanca, Luana no necesitaba mirar para saber que su disparo iba a acertar en el objetivo y, cuando ya empazaba a bajar a grandes zancadas por la ladera de la montaña, oyó el golpe seco de un gran cuerpo cayendo en la nieve.

- Sólo quedan tres, aún puedo conseguirlo - se animó sin dejar de correr, bajando la montaña todo lo deprisa que podía, intentando no caerse mientras llegaba a la zona más arbolada de la ladera.

El mayor problema de Luana era el frío, uno de sus puntos débiles. Su piel roja, brillante y caliente era la típica de los habitantes de la parte central de Brin, el planeta en el que nació y se

crió, famoso por ser una de las zonas más calientes de El Orbe.

Su cuerpo era alto y delgado, de pocas curvas, con una larga melena blanca que cubría una cara alargada, con una nariz pequeña y afilada entre dos grandes y rasgados ojos de pupila totalmente blanca, y con unas alargadas orejas acaban en punta mirando hacia la parte trasera de su cabeza.

El traje que llevaba tampoco la ayuda a soportar mejor el clima, un ligero peto de color verde oscuro de manga corta y pantalón corto, ceñido a la cintura con su imprescindible cinturón repleto de bolsillos en los que solía llevar todo tipo de artilugios que más de una vez la habían sacado de un apuro, y que, junto al báculo, eran sus bienes más preciados. En el cuello llevaba colgado una cuerda que sujetaba un pequeño saco de color granate.

Sus pies descalzos y calientes, acabados en cuatro dedos alargados, al igual que los de sus manos, derretían la nieve, haciendo que a cada paso que daba se hundía en ella, provocando que su huida fuese aún más complicada.

El báculo brillaba y vibraba cada vez que los enemigos la disparaban, lo que le servía para esquivarlos, pero estos cada vez pasaban más cerca, sus reflejos eran lentos y su piel rojiza, al contraste con la nieve, la hacía un blanco demasiado fácil. Por primera vez temía de verdad por su vida.

Luana no entendía cómo había llegado a esa situación, la Tierra era un planeta prohibido, sin excepciones, y penalizado por la ley para los que la pisaban. Los recursos del lugar eran escasos y sus habitantes muy primitivos.

- Al menos he tenido suerte y no hay ningún humano - se dijo a sí misma mientras corría mirando a su alrededor, buscando un lugar en el que esconderse, pero unos cuantos árboles y rocas no le iban a servir, necesitaba calor.

Cada vez estaba más nerviosa, no hacía ni un año que era Saltadora, el más alto honor para cualquier mujer guerrera como ella. Pero lo que anteriormente era el trabajo más deseado, ahora estaba siendo una sentencia de muerte. En los últimos años, la esperanza de vida de las Saltadoras se había reducido alarmantemente, su antecesora sólo estuvo tres semanas en el puesto, y la anterior cinco meses; las dos murieron en extrañas circunstancias.

Investigar sus muertes había sido su prioridad desde el primer día que le dieron el báculo, el mágico y misterioso utensilio, único en el universo, que convertía en Saltadora a quien lo poseyera. La ceremonia en la que la Reina se lo había entregado fue un gran acontecimiento y el mejor día de su vida.

- Confiamos en ti y en el báculo que te guiará entre la luz y la sombra, la magia y el caos, y la niebla que a menudo los envuelve - le dijo la Reina en el momento de la entrega, con una sonrisa que le transmitió mucha confianza.

Y eso hizo. Liberó su mente y se dejó guiar por él, viajando de planeta en planeta buscando pruebas, alguna pista, sobre quienes podían ser los causantes de las muertes. Y acabó

descubriendo la verdad, los accidentes en los que habían muerto sus predecesoras ya no eran ningún misterio. Los Senkabi las estaban cazando para hacerse con el báculo, el arma mas poderosa, tan antigua que nadie sabía quien y cuando fue creada.

El báculo tenía el poder de teletransportar a su dueña donde esta deseaba o era necesitada, además de incrementar su fuerza, velocidad, agilidad y todos sus sentidos. Pero tenía un punto débil: en el momento justo después de la muerte de una Saltadora, podía ser robado y utilizado por quien se hiciese con él, pasados esos segundos, se convertía en un bastón normal y corriente imposible de usar por nadie hasta que él mismo decidiese activarse de nuevo.

Hacía siglos que nadie conseguía robarlo. En manos de una Saltadora era una herramienta de paz y justicia, pero en manos de la persona equivocada podía ser el arma más mortífera. La última vez que cayó en manos equivocadas, provocó una de las épocas más oscuras de la historia, muriendo millones de seres en todo El Orbe. Ahora, alguien parecía muy interesado en que volviese a reinar el caos, y Luana no quería ser recordada como la Saltadora que perdió el báculo y provocó otra época de terror y muerte.

Cuando descubrió la causa de las muertes de las Saltadoras se propuso ir a Rodia, la capital de El Orbe, y explicarle a la Reina y al Consejo todo lo que sabía, pero el salto que debía transportarla frente a la puerta del palacio, la llevó a una habitación pequeña en la que la esperaban una docena de Senkabis que se abalanzaron sobre ella.

Desde ese momento, Luana empezó a pelear y huir desesperadamente, a cada salto intentaba llegar al palacio, pero no solo no lo conseguía, sino que se alejaba cada vez más, sin entender qué tipo de magia estaban usando para evitar que llegue a su destino.

Luana bajaba la nevada ladera todo lo rápido que podía, manteniendo el equilibrio mientras esquivaba árboles y disparaba con su báculo a ciegas, apuntando sin pararse ni mirar, confiando en su instinto y en la puntería natural de su arma.

- Solo necesito despistarlos y encontrar un punto de calor, con unos minutos me bastará para recargar energías y poder volver a abrir otro portal - se intentaba animar mirando desesperada a su alrededor, su piel rojiza empezaba a estar rosada, señal de que le quedaban muy pocas energías.

Por suerte para Luana, una de las muchas funciones del báculo era proteger a su compañera, y confiaba en que la estuviese dirigiendo hacia la fuente de calor más cercana. Pero no le quedaba mucho tiempo, los Senkabi estaban cada vez más cerca; ya podía oír sus pisadas, ni siquiera se atrevía a girarse para no ralentizarse y perder más tiempo.

En uno de esos disparos que lanzaba sin mirar, consiguió alcanzar al Senkabi que estaba más cerca de ella, el más alto y rápido de todos. Un ser vegetal, parecido a un árbol, con brazos y piernas que no se diferenciaban de las múltiples ramas que tenía, todas cubiertas de verdes hojas que le daban un engañoso aspecto pacífico. En otras circunstancias se hubiese confundido con los árboles del lugar, pero la nieve, que no le impedía moverse con agilidad, sí le hacía ser un

blanco más fácil para el báculo. Su caída estorbó momentáneamente a sus compañeros, que lo rodearon sin ningún gesto que hiciera notar que sentían su muerte, y le dio unos valiosos segundos de ventaja a Luana.

- ¡Bien! – exclamó -. Solo quedan dos.

Desde su ventana, Rose observaba pasmada todo un espectáculo de luces de colores que iban bajando por la montaña, acercándose cada vez más al pueblo. Estaba quieta, pegada al cristal, sin mover un solo músculo de su cuerpo, viendo cómo luces rojas, amarillas, verdes y blancas aparecían y desaparecían. Nunca había visto nada igual, las copas de los árboles se movían violentamente, incluso alguno parecía caer.

- ¿Están filmando una película? - se preguntó abriendo la ventana para ver si podía oír algo que le diese más pistas de lo que estaba sucediendo.

Pero es inútil, solo oía el sonido del viento nocturno que enfriaba sus orejas. Así que, sin pensárselo dos veces, Rose cerró la ventana con mucho cuidado, se vistió corriendo, poniéndose la ropa encima del pijama para no pasar frío, y salió de su habitación lo más sigilosa que pudo.

- Si mamá me pilla saliendo otra vez de casa de noche, me mata - susurró con una sonrisa pícaro - pero no me quiero perder cómo ruedan una película en el pueblo.

En el pasillo, se asomó a la habitación que estaba al lado de la suya, la de Susana, su hermana pequeña, y comprobó que dormía profundamente. Empezó a bajar las escaleras cuando un ruido le heló la sangre, quedándose inmóvil unos segundos; al volverlo a oír se dio cuenta de que solo eran los ronquidos de su padre. Se tocó el pecho intentando que su corazón latiese con menos fuerza, se lo notaba tan fuerte que creía que todo el mundo iba a oírlo.

No es la primera vez que salía a escondidas de su casa, pero nunca lo había hecho para ir sola, de ahí que estuviese más nerviosa de lo normal. Pensaba en llamar a Chloe, su mejor amiga, o a Michu, cuyo sueño era ser actor, pero tenía miedo de que estuviesen dormidos y tardasen tanto en aparecer que se perdiese el rodaje.

- Cuando mañana les enseñe las fotos, se van a morir de la envidia - pensó con una sonrisa mientras se calzaba y se ponía ropa de abrigo.

Antes de abrir la puerta de la calle esperó unos segundos para asegurarse de que todos seguían durmiendo. Tras comprobar el silencio, la abrió con mucho cuidado, esperando que no chirriase; cuando ya estaba un poco entornada, se deslizó por la abertura y volvió a cerrarla con el mismo cuidado.

Una vez fuera, Rose miró a su alrededor y, al ver el ambiente frío y solitario de las calles de Zermatt, sintió un cosquilleo en su estómago, mezcla de alegría y nervios. Por fin algo pasaba en el pueblo, en su vida, y no pensaba perderse.

En la montaña, Luana seguía huyendo todo lo rápido que podía, pero empezaba a no ser

suficiente. Los últimos disparos de los mercenarios le pasaban peligrosamente cerca, arrancándole un mechón de pelo blanco y rasgando su ropa en un hombro y el costado. El frío invadía poco a poco su cuerpo caliente y le afectaba a todos sus sentidos, haciendo que sus reflejos instintivos a los avisos del báculo le empezasen a fallar y fuese cada vez más lenta.

Pero lo peor era que su arma, su guía, su protección, el báculo, estaba dejando de funcionar. Notaba cómo su energía se iba desvaneciendo, sus disparos eran menos potentes y certeros, y su característico brillo blanco y los zumbidos que usaba para comunicarse con ella eran mucho más débiles. Parecía haber llegado al límite, por lo que Luana tenía que usar su propia energía para que funcionase, con el riesgo que eso significaba: si abusaba de ello perdería el sentido y todo habría acabado.

Necesitaba calor urgentemente.

- Badilia, Gran Diosa, ayúdame – rezó sin detenerse, aunque en esos momentos todos los dioses parecían estar en su contra.

Como si la escuchasen y de un milagro se tratase, Luana salió de la zona con más árboles para ver con alegría que en la ladera de la montaña, a pocos kilómetros de distancia, había un primitivo poblado en el que había luces.

- Gracias – dijo aliviada mirando al cielo con una sonrisa.

La esperanza de un lugar donde esconderse y recargar energías le dio las fuerzas que no tenía para acelerar. Giró la cabeza por primera vez desde que había empezado a huir montaña abajo para poder situar a los Senkabi y ver cuáles son los dos que aún quedaban en pie.

Pero la alegría le duró poco, estaban mucho más cerca de lo que pensaba, saliendo también de la zona arbolada, a escasos metros suyos. Además, los que quedaban, eran los peores.

El que abría el paso es un Rako y, a juzgar por su tamaño, uno de los más grandes de su especie. Los rakonianos eran seres rocosos, hechos de piedra, grandes y fuertes, con una piel dura e impenetrable, y una boca, ojos y nariz diminutos, casi ridículos en comparación con su tamaño. Sus cuerpos carecían de curvas, eran angulosos, con un color de piel grisáceo; cuando estaban quietos parecían enormes piedras.

Para Luana fue una sorpresa verlo siendo un Senkabi. No era normal que salgan de su planeta, pese a su aspecto agresivo eran seres poco sociables y pacíficos que preferían la tranquilidad del interior de las montañas del planeta Ubkal en las que habitaban. Por suerte, había hecho sus deberes y conocía a todas las razas de El Orbe, y sabía que el mayor error que se solía cometer al enfrentarse a ellos era juzgarlos simplemente por su tamaño y apariencia, ya que eran mucho más rápidos y ágiles de lo que parecían; unido a su gran fuerza, los convertía en unos luchadores muy peligrosos que te podían matar de un solo golpe.

Los Rakonianos tenían dos puntos débiles. Sus diminutos ojos era el más visible, pero requerían un ataque frontal, con el peligro que eso conllevaba; el segundo era aun más complicado, estaba situado en la nuca, es un pequeño punto justo donde se unían su cabeza y

espalda. Un golpe certero y adiós Rako, pero era más fácil decirlo que conseguirlo.

Justo detrás suyo se encontraba el líder del grupo, un Nazard. Los Nazard eran seres híbridos entre humanos y lagartos, de gran astucia, inteligencia y extremadamente crueles y sanguinarios, además de ser grandes expertos en armas y técnicas de combate, lo que los hacía los líderes perfectos para cualquier grupo de Senkabis.

Era un ser de baja estatura, de apenas un metro y medio, de piel escamada, que se mimetizaba con cualquier paisaje como un camaleón, lo que hacía que, en ese momento, fuese del color de la nieve que lo rodeaba. No tenía pelo, y su grotesca cara destacaba por una enorme boca de dientes afilados, dos agujeros en el lugar de la nariz y redondos ojos de color amarillo. Sus extremidades eran cortas y acabadas en grandes y largas zarpas.

Su cuerpo estaba lleno de tatuajes, cada uno de ellos honraba a una presa cazada, y posteriormente comida por él mismo. Vestía, al igual que todos los Senkabis, con un arnés de color granate y, al contrario que le pasaba a Luana, su gruesa piel le protegía de las variaciones climáticas.

Durante más de doscientos años, los Nazard tuvieron prohibido salir de su lugar de origen en el planeta Zol, pero la polémica Amnistía General que decretó el Consejo hacía doce años les abrió las puertas al resto de El Orbe. al igual que a otras peligrosas especies que antes tenían prohibido salir de su planeta. Fue el mismo decreto que perdonó y reguló las actividades Senkabi; sucedió en un momento de crisis en el que la violencia y los conflictos internos iban en aumento, y las autoridades locales eran incapaces de controlarlo. Con esta decisión, el Consejo esperaba ayudar a implantar el orden de nuevo, y se consiguió, aunque a un precio muy alto.

Con sorpresa y pánico, Luana vio que detrás del Rako estaba un tercer Senkabi que no había visto los días anteriores, mucho más inquietante y peligroso que todos los demás: un Darfos. Poco se sabía de ellos, seres entre lo físico y lo etéreo, una mezcla de demonio y pesadilla. Su cuerpo era de un color púrpura oscuro, casi negro, humeante, con unas extremidades alargadas que levitaban a pocos centímetros del suelo, poco definidas y cambiantes como el polvo. Cuando se movía pequeñas bocanadas de humo se desprendían de su cuerpo. Su cara no tenía rasgos, se podía saber donde estaba por una sonrisa grande, sin movimiento, con unos dientes desiguales, siniestramente blancos y afilados.

Era la segunda vez que Luana veía a uno, la anterior fue en su primera misión como Saltadora, en la que vio un combate a muerte entre un Gigante del Desierto de Gotz de más de tres metros y el Darfos. La pelea apenas duró diez segundos, y la mitad del público, entre el que ella se incluía, no pudo aguantar la mirada ante la crueldad del ser oscuro. Aunque se parecían, no sabría decir si el que la perseguía era el mismo, era muy difícil diferenciarlos, nadie sabía cuántos existían.

- Tendría que haber averiguado más sobre él - se recriminó Luana, recordando que, tras ver el combate, se prometió descubrir todo lo que pudiese sobre esos seres por si algún día se tenía que enfrentar a alguno de ellos, pero enlazó misiones sin parar y no se volvió a acordar.

Cuanto más se acercaba al pueblo, la nieve era más compacta y sus pies se hundían menos. Aun así, iba más lenta de lo que le gustaría y los Senkabi seguían acortando la distancia. Estaba muy cerca, pero a ese ritmo no iba a conseguirlo y tampoco podía pelear con ellos ahí en medio; uno a uno tenía alguna posibilidad de derrotarles, los tres juntos era imposible. Necesitaba tiempo y dispersarlos.

- No quiero morir - susurró con pocas fuerzas. Se miró por un momento la mano, nunca la había visto de un color tan rosado.

Sin dejar de correr, se palpó los bolsillos de su cinturón para finalmente meter su mano izquierda en uno de ellos; en su mano derecha estaba siempre el báculo, como si fuera una extensión de su brazo. Dos días atrás, los bolsillos estaban llenos de pequeños artilugios que la habían ayudado a llegar hasta ahí. En ese momento sacó el último de ellos, una pequeña bola, totalmente lisa, de un intenso color naranja.

- No me falles - le pidió dándole un beso.

Con un movimiento rápido, Luana clavó el báculo en el suelo, para, usando la inercia de su carrera, y apoyada en el bastón, girarse y, con la mano izquierda alzada, quedarse quieta, esperando el momento exacto, observando a los tres sanguinarios mercenarios a escasos metros de ella, a punto de tocarla.

Una pequeña vibración del báculo le indicó el momento adecuado y, con un ágil movimiento, lanzó la bola naranja a los pies del Senkabi que estaba más cerca de ella, el Rako. Cuando la bola impactó contra el suelo, surgió de la nada una fina pared anaranjada de unos 10 metros de largo y dos de alto que atravesó el camino.

El muro apareció tan rápido que al Rakoniano no le dio tiempo a reaccionar, chocando aparatosamente contra él, provocando un gran estruendo que resonó por todo el valle como si fuera un trueno, haciendo que se cayese toda la nieve de los árboles y originando un pequeño alud en la cima de la montaña. El Nazard, que corría justo detrás suyo, no pudo frenar a tiempo e impactó violentamente contra él; el Darfos, que iba más retrasado, no se vio afectado, y pudo frenar con calma quedándose quieto al lado de sus compañeros caídos.

Pese al tremendo golpe, la pared anaranjada no sufrió ningún desperfecto, estaba fabricada con uno de los materiales más resistentes que se conocían, resina de Bunomeros, una rara especie de árbol que crecía en las zonas más inhóspitas de Brin, el planeta de Luana.

- ¡Sí! - exclamó sonriendo por primera vez desde que llegó a la Tierra. Sin perder ni un momento, se dio la vuelta para seguir corriendo hacia el pueblo. Los Senkabi no tardarían en recuperarse y rodear el muro.

Ya no le quedaban más trucos en los bolsillos ni energía en el báculo, pero Luana esperaba

que este último ataque le diese el tiempo suficiente para despistarlos y poder recuperarse.

Cuando pisó el cemento duro de las calles del pueblo dejó escapar un suspiro de alivio. Ya notaba el calor de las casas, de la civilización, las chimeneas, las cocinas, las calefacciones, e incluso de algo tan imperceptible en Zermatt como la polución. Todo le ayudaba, y su piel iba cambiando de tonalidad, poco a poco se enrojecía, volviendo a su color natural.

Corría por el pueblo siguiendo las indicaciones del báculo, que la iba guiando con leves zumbidos, pero la confianza la traicionó. Iba tan deprisa por las calles heladas que, al girar una esquina, perdió el equilibrio y cayó al suelo, torciéndose por completo su pie izquierdo. Instintivamente, apretó los dientes con fuerza para evitar gritar y no llamar la atención de nadie, pero el dolor fue peor cuando se levantó e intentó caminar otra vez.

- ¡Ahhhhh! – gritó Luana sin poder controlarse -. No, por favor - se quejaba angustiada, apenas podía caminar y mucho menos correr. A lo lejos volvía a oír las pisadas de sus perseguidores, menos preocupados que ella por si eran vistos u oídos.

La mezcla de dolor, nervios y miedo hizo que tardase en darse cuenta de que el báculo estaba vibrando con fuerza. Apoyada en él, se levanta, y, cojeando, se dejó guiar por su vibración, caminando unos pocos metros hasta encontrarse delante de la puerta de una casa situada en la esquina en la que se acababa de resbalar.

La gran casa de dos plantas parecía abandonada desde hace mucho tiempo, la mayoría de los cristales de sus grandes ventanas estaban rotos, la pintura que cubría las piedras de su fachada estaba muy deteriorada, con grandes agujeros, incluso faltaba un trozo del tejado. En otra época seguro que había sido un edificio de gente importante, pero, en ese momento, ni siquiera los animales se esconderían en su interior por miedo de que se derrumbase de un momento a otro.

- Es perfecta para esconderme - sonrió dolorida.

La entrada era una gran puerta doble de madera, situada en la fachada izquierda de la esquina, en una calle oscura, sin farolas ni salida, que acababa en una pared con contenedores de basura. Luana empujó con fuerza la parte derecha de la puerta, esperando una gran resistencia, pero, para su sorpresa, no solo estaba abierta, sino que se abrió con gran suavidad.

Un ruido al fondo de la calle, donde estaban los contenedores de basura, la hizo girarse nerviosa, apuntando con el báculo, mirando atentamente a su alrededor, pero, tras unos segundos, no vio a nadie.

- Estoy demasiado exhausta, necesito descansar un poco; si hubiese algún peligro, el báculo me avisaría – se dijo entrando en la casa.

En el interior, la oscuridad era total, pero no era problema para ella, sus rasgados ojos blancos le permitían ver como si fuera de día. Le sorprendió lo grande que era por dentro, mucho más de lo que parecía por fuera. La entrada era una gran sala de techos muy altos con solo un par de muebles, había dos puertas, una grande al fondo, justo enfrente de la entrada, y otra más pequeña a la izquierda. A la derecha se encontraba una gran escalera de color marfil que llevaba

al piso de arriba, un rayo de luz de luna caía sobre algunos de sus peldaños, haciéndolos brillar como si fuesen nuevos.

Luana se dirigió a la puerta de enfrente para investigar el interior de la casa, estaba segura de que si el báculo la había llevado hasta ahí era por ser el lugar idoneo, pero, antes de que pudiese abrirla, éste volvió a vibrar con fuerza, dirigiéndola hacia las escaleras. Sin dudarlo, empezó a subir poco a poco, apoyándose en él, con claros gestos de dolor por su pie fracturado.

En la segunda planta había un largo pasillo que al final giraba hacia la derecha; en la pared de la izquierda del pasillo estaban las grandes ventanas rotas que ha visto desde la calle, adornadas con cortinas rotas, y a la derecha diversas puertas. Era extraño porque la casa no estaba tan en ruinas por dentro como parecía por fuera, estaba claro que no vivía nadie, pero Luana esperaba encontrarse un lugar destrozado, desvalijado, lleno de alimañas y de polvo, pero no era así.

- Algo no es lo que parece aquí - susurró inquieta.

Se quedó unos segundos parada al borde de las escaleras, sin mover ni un músculo, intentado oír el más insignificante ruido, notar el más mínimo indicio de peligro, de que no estaba sola, o descubrir alguna trampa.

- Estoy agotada, estamos en La Tierra - se dijo a sí misma para relajarse, poniéndose de nuevo en marcha, - hace cientos de años que dejaron de tener magia, no hay ningún peligro.

Al pasar por la primera habitación, el báculo volvió a vibrar, por lo que Luana entró en ella directamente. La puerta estaba totalmente abierta, era una estancia grande, de techo muy alto, probablemente un dormitorio cuando la casa estaba habitada, con unos muebles viejos apilados en la pared del fondo y un enorme espejo apoyado en la pared de la izquierda y que parecía querer despertarle algún recuerdo lejano, había visto ese espejo antes, pero eso no tenía ningún sentido.

No tenía ganas de seguir investigando, estaba cansada y dolorida, por lo que caminó unos pasos y se agachó en una esquina de la habitación, apoyada en un mueble cubierto por una sábana. Por fin podía relajarse un poco y, con suerte, poder recuperar la energía suficiente para abrir un nuevo portal que la sacase de ahí.

- Gracias - le dijo al báculo dándole un beso, agradeciéndole que la haya guiado hasta un lugar seguro.

Es el primer descanso que tenía desde hacía muchas horas, ni siquiera se acuerdaba de cuánto hacía que estaba huyendo. Agotada, apoyó la cabeza en el báculo y unas lágrimas, que parecían gotas de cristal, salieron de sus blancos ojos. Cada era más duro, estaba muy cansada más cansada y tenía mucho más miedo del que quería reconocer. Pese a todo sus ojos se cerraron involuntariamente y se quedó dormida sin quererlo.

- ¿Qué eres? - preguntó una voz tímida que la despertó de golpe.

Luana reaccionó por instinto y, olvidando el cansancio y el dolor del pie, se giró velozmente hacia la voz que la había sorprendido. Con un rápido movimiento, clava levemente la punta del báculo, que pasó en un momento de ser redondeada a afilada, en la garganta de una niña humana que estaba de pie justo detrás suyo.

Rose se quedó helada, sin poder mover ningún músculo, ni siquiera pestañeaba, solo podía notar como esa chica tan rara tenía apoyada en su cuello la punta de su palo; no podía chillar, ni se atrevía a respirar por miedo a que lo hundiese más.

Pasaron unos segundos que se hicieron eternos y en los que ninguna de las dos hizo ningún movimiento. Luana, mucho más alta que Rose, estaba de rodillas mirándola fijamente a los ojos.

- Por favor. No me mates - consiguió murmurar reuniendo todo el valor que tenía y con lágrimas en los ojos -. Lo siento, me iré de aquí, no sé quién eres, no diré nada, yo sólo he visto unas luces y he venido a ver lo que era, iba por la calle cuando he oído que venía alguien. No sabía qué hacer y, al ver la puerta abierta, me he escondido aquí -. Estaba tan nerviosa que no podía dejar de hablar; Rose, conocida por ser callada e introvertida.

Lo que le explicó a Luana era la verdad. Estaba llegando a las afueras del pueblo cuando oyó un gran trueno seguido de ruidos que la asustaron, dejando de creer en ese momento que estaban rodando una película. Nerviosa, corrió por diferentes calles para alejarse de ellos, pero parecía que la perseguían y cada vez los oía más cerca. Cuando ya no sabía a dónde ir, vio la puerta de la casa abierta y no dudó en meterse.

En el pasado, esa casa siempre le dio miedo, se oían muchas historias de sucesos extraños que habían ocurrido en su interior, incluso decían que algunas noche se veían luces y se oía cómo alguien caminaba dentro: la víctima de un horrible asesinato, un hombre que murió ahí mismo hacía cuarenta años y que ahora vagaba sin rumbo. Todos los pueblos tienen una casa encantada con su leyenda, y esa era la de Zermatt.

Escondida detrás de la puerta de la casa, Rose oyó un gran ruido: la caída de Luana, que la hizo irse corriendo hasta la planta de arriba a esconderse detrás de unos muebles. Su corazón se detuvo al ver entrar en la habitación a una extraña y alta chica de piel rojiza y pelo blanco, era una extraterrestre. Pero el miedo se transformó en lástima al verla llorar, y decidió acercarse a ella para ver si podía ayudarla. En ese momento, viéndola tan de cerca, con esos ojos blancos que la miraban sin pestañear y el palo clavado en su cuello, la pena se había transformado de nuevo en miedo.

En ese momento recordó lo que su abuelo le había enseñado si se encontraba con algún animal salvaje en la montaña: "Te tienen más miedo ellos a ti que tú a ellos. No hagas movimientos bruscos, hálales con voz calmada pero firme".

- Me llamo Rose - se presentó con la voz más calmada que pudo.

Esperó unos segundos, pero no vio ninguna reacción, dudando de que la pudiese entender.

- Me lla... - empezó a decir de nuevo pero mas despacio.

- ¡Shhh! - la calló Luana girando la cabeza hacia su derecha, hacia donde estaba la puerta, intentando oír algo, pero sin dejar de apuntarla con el báculo.

- ¿Me entiendes? - preguntó Rose.

- Quieres call... - empezó a decir Luana.

Pero no pudo acabar la frase, la pared que tenían al lado empezó a caer sobre ellas.

- ¡Ahhhh! - gritó asustada Rose.

El derrumbe sorprendió a Luana, pero estaba entrenada para superar situaciones como esa, así que reaccionó rápidamente dando un fuerte empujón a Rose que la envió al fondo de la habitación, evitando que la golpearan las piedras de la pared. Pero, al salvarla, no le dio tiempo a esquivar del todo el ataque del Rako, que cayó sobre su ya maltrecho pie izquierdo.

Cuando el Rako y parte de la pared caen sobre su pierna, se oyó con claridad el sonido de los huesos rotos, pero Luana no se podía permitir quedarse en el suelo, así que se incorpora con dificultad y analiza la situación con rapidez; su atacante parecía estar solo, probablemente quería para si mismo la gloria de matarla y conseguir el báculo. Si acababa con él de prisa, aún tenía alguna posibilidad de sobrevivir.

Tirada en el suelo, Rose no se creía lo que está pasando delante de sus ojos, la pared que había caído parecía tener vida al levantarse entre el polvo veía como tenía brazos, piernas y un cuerpo con una pequeña cabeza.

Para su fortuna, Rose pasó desapercibida para el monstruo y se pudo volver a esconder donde estaba antes, desde donde veía con una mezcla de miedo y sorpresa lo que estaba pasando. Entre la humareda de polvo blanco que se había levantado a causa del derrumbe, y que ocupaba toda la habitación, veía la silueta de la chica levantándose con la ayuda del palo que brillaba con una intensa luz blanca. Delante tenía el monstruo de piedra.

Rose cerró los ojos con fuerza varias veces, esperando que, al abrirlos, se encontrase en su cama y que todo hubiese sido una pesadilla, pero los dos extraterrestres siguen delante suyo, quietos, observándose. Hablaban entre ellos, pero no entendía nada de lo que decían, la voz de la chica era como el sonido del papel quemándose; en cambio, el monstruo sonaba como una avalancha de piedras.

La pierna izquierda de Luana estaba totalmente inservible, por lo que necesitaba apoyarse en el báculo. Lo peor de todo era que la habían sorprendido dos veces en dos minutos: primero la niña y luego el Senkabi. En la segunda el báculo la había avisado vibrando, pero pensó que era por la humana. Había confundido quién era el verdadero enemigo, y eso les podía costar la vida a ella y a una humana inocente.

- Ríndete, Saltadora, y prometo matarte rápido - la amenazó el Rakoniano con una sonrisa en su diminuta boca.

- ¿Quién os paga? ¿Es el Príncipe de los Senkabi? ¿El Padre de las Malvas? ¿Quién quiere el báculo? - le preguntó Luana apuntándole con él mientras intentaba no apoyar su pie roto en el

suelo. Sabía por experiencia que cuando alguien como el Rako se encontraba con todo a su favor y pensaba que iba a ganar, el exceso de confianza le hacía hablar más de la cuenta.

- Ni te lo imaginarías roja, esto te sobrepasa - le contestó riendo.

Durante unos segundos, los dos se quedaron quietos, observándose, hasta que el Rako se volvió a abalanzar sobre ella. Pero sin el factor sorpresa, y aunque Luana estaba herida, era una presa difícil y consiguió esquivar el ataque rodando por debajo de su enemigo, aprovechando para meter el báculo entre sus piernas, desestabilizándolo y haciéndolo caer. Sorprendido por la agilidad de Luana y trastabillando, chocó con la pared, provocando que se derrumbase otra parte de la casa.

La habitación se llenó del viento frío de la calle, que entraba a través del agujero que había creado la embestida del Rako contra la pared que daba al exterior. Luana se levantó despacio y con mucho dolor y, aprovechando los segundos que tenía, dio un rápido vistazo a su pierna izquierda, viendo la gravedad de la situación; probablemente no pudiese volver a caminar sin ayuda nunca más. Aunque, en esos momentos, es el menor de sus problemas.

De pie y con el báculo cogido con fuerza con las dos manos, esperó a que su enemigo se incorporase. No puede huir, no iba a dejar a la niña humana sola, y, además, estaba malherida y cansada. Solo le quedaba una oportunidad, pero tenía que escoger bien el momento.

Al fondo de la habitación seguía Rose inmóvil, sin ser muy consciente del peligro que corría, solo sabía que la chica de la piel roja la había salvado de morir aplastada y ahora luchaba contra un monstruo salido de una película de ciencia-ficción. Se alegró cuando vio que el ser de piedra chocaba con la pared, pero, para su decepción, se levantó fácilmente. El viento de la calle se llevó toda la humareda blanca, y ahora los podía ver perfectamente delante suyo, de pie, en la semiderruida entrada de la habitación, uno delante del otro, preparándose para el siguiente ataque.

Con una velocidad imposible para algo tan grande y pesado, el Rakoniano atacó abalanzándose contra su enemiga. Apoyada en su pierna derecha, Luana dio un potente salto en vertical, girando ciento ochenta grados en el aire y quedando boca abajo apoyando su pie sano en el techo. Mientras, en el suelo, el Senkabi volvía a quedar desestabilizado tras fallar de nuevo su ataque; aprovechando el momento, Luana se impulsó con fuerza en el techo y se lanzó con todas sus fuerzas hacia abajo, clavando la punta del báculo en la nuca como si fuera una lanza.

El ser de Rako emitió un grito seco y apagado antes de caer de rodillas y desplomarse en el suelo. Luana cayó grácilmente a su lado, apoyada en su pie derecho, con el báculo brillando con su intensa luz blanca. Con una silenciosa explosión, el monstruo desapareció, dejando en su lugar unas cenizas oscuras que el viento esparció.

Por el nuevo agujero entraba la suficiente luz como para que Rose viese bien por primera vez a su salvadora; estaba delante de la puerta, agachada con una rodilla en el suelo, apoyada en

el palo y con evidentes gestos de dolor. Extrañamente, su piel era de un color mucho más claro que cuando la vio por primera vez; de rojiza había pasado a rosada. Aunque estaba muerta de miedo, sentía que debía ayudarla, aunque solo fuese por haberla salvado. Reuniendo mucho valor, fue hacia ella.

- Quédate ahí - dijo Luana sin mirarla, con una mano extendida hacia la esquina, mostrándole dónde debía quedarse.

Rose obedeció al instante, desandando los pasos que había dado.

- Quédate quieta y no hagas ningún ruido - le ordenó con voz grave mientras se levantaba con esfuerzo.

Luana estaba peor de lo que quería aparentar, tenía que hacer algo rápido y definitivo, cuanto más tiempo se quedase ahí quieta, más difícil sería que saliesen las dos con vida, dudaba de que fuese a sobrevivir a otro combate. Miró atentamente a la humana que debía de salvar: era joven, de pelo largo y castaño, ojos redondeados del mismo color, de complexión atlética y de bastante menos altura que ella.

No tiene la culpa de nada de lo que está pasando - pensó - esta no es su guerra-. Tenía que salvarla, por muy peligrosa que fuese la situación, no debía de olvidarse que la primera ley de una Saltadora era defender a los débiles.

- No te preocupes, no te va a pasar nada. Escóndete tal y como estabas y, cuando pase un rato en el que no oigas ningún ruido extraño, sal y vete corriendo a tu casa – la intentó tranquilizar cambiando el tono de voz a uno más suave mientras se acercaba a ella.

Pero la cara de Rose no se relajó al oírla, y una mueca de horror se empezó a dibujar en su rostro.

- No te voy a hacer daño- le dijo al ver que sus palabras no la estaban tranquilizando.

Solo cuando vio el terror en los ojos de la humana, se dio cuenta de que no la estaba mirando a ella, pero ya era demasiado tarde, la oscuridad había empezado a envolverla por completo.

Rose nunca podrá olvidar cómo, sin hacer ningún ruido, una especie de nube oscura con una leve forma humana y una gran sonrisa de enormes dientes apareció en la habitación ocupando todo el espacio.

El poder de reacción de Luana no era tan rápido como antes, había usado casi toda su energía para acabar con el Rako, y el báculo también estaba vacío, ni siquiera había vibrado avisándola del peligro. Pese a todo, se dio la vuelta y le disparó dos veces, pero los rayos son muy débiles, disolviéndose sin problema entre la oscuridad del cuerpo del Darfos, que parecía no inmutarse ante el ataque, contrayendo su cuerpo alrededor de ella.

Ya no había apenas luz en la habitación, a Rose le costaba ver lo que pasaba y no oía nada, tenía la sensación de tener los oídos taponados. Además de sentir una enorme tristeza, solo quería arrodillarse y llorar, notando que se le iban las ganas de vivir.

Lo que Rose y Luana no sabían, es que los Darfos absorbían la energía de los seres vivos, y la luz y el sonido de todo lo que les rodeaba, provocando una sensación de malestar, de soledad, de muerte, que atontaba a sus víctimas, haciéndolas presas fáciles.

Luana estaba totalmente envuelta por el Darfos, notando cómo se comprimía todo a su alrededor, teniendo menos espacio para moverse y quedándose sin aire, pero no pensaba rendirse. Manteniendo la calma, puso las dos manos sobre el báculo, cerró los ojos y este empezó a brillar de nuevo con su característica luz blanca; durante unos segundos, parecía que la luz volvía a la habitación cuando rayos de luz rompieron la oscuridad que creaba el monstruo.

- ¡No! - gritó Luana desesperada al ver que su energía vital solo le dio luz para unos segundos. Aprovechando el grito, el humo negro se empezó a meter por su boca.

Al verse sin aire y sin saber qué hacer, le entró el pánico de quien sabe que va a morir, empezando a dar patadas y puñetazos desesperadamente. En uno de esos movimientos, consiguió sacar de la oscuridad su brazo izquierdo, pero el Darfos lo volvió a engullir rápidamente con una bocanada de humo y comprimiéndola aún más.

En su lucha, Luana sacó la cabeza fuera del monstruo para respirar un poco de aire fresco que le supo a gloria. En ese pequeño instante en el que su cabeza estaba fuera de la oscuridad, su mirada conectó con la de Rose y, en ese momento lo entendió todo y supo lo que tenía que hacer. Era una locura, pero el báculo nunca se había equivocado antes y no dudaba de él ahora.

Rose no se podía mover, sabía que tiene que huir, que era su oportunidad, con el monstruo entretenido, pero el miedo la dejaba paralizada.

- No - quiso gritar cuando vio que el servolvía a engullir a su salvadora, pero apenas le salió un susurro.

El cuerpo de Luana flotaba en el interior de la sombra, como si estuviese sin gravedad en el espacio oscuro; ya había dejado de luchar y estaba a merced del Darfos.

De repente, como si fuese una marioneta, sus piernas y brazos se empezaron a doblar de formas extrañas. No se oía ningún sonido, pero no hacía falta para saber que, en el interior del Darfos, Luana estaba gritando de dolor.

El monstruo jugaba con ella, la alzaba, la bajaba, la comprimía, la estiraba, deshaciendo músculos y rompiendo huesos. Con un gran esfuerzo, ignorando el dolor que sentía y aprovechando que el Darfos estaba confiado, Luana sacó su brazo derecho fuera de la oscuridad y lanzó el báculo a los pies de Rose, pero esta, que no podía dejar de mirar, horrorizada, no pareció darse cuenta y se quedó quieta sin inmutarse.

Al momento, el brazo volvió a ser engullido y retorcido como si fuera de goma. Aunque el dolor debía de ser indescriptible, a Rose le pareció ver una sonrisa en la cara de su salvadora. Su cuerpo adoptaba formas grotescas, pero ya no gritaba, tenía los ojos cerrados, parecía estar dormida.

Finalmente, el Darfos se aburría de jugar con Luana. Si no luchaba por su vida ya no era

divertido, así que bajó su gran boca de enormes y afilados dientes blancos hasta ubicarla sobre su cuello y se preparó para acabar con ella.

Por primera vez desde que entró ese ser de pesadilla, Rose apartó la mirada, cerrando los ojos con fuerza y girando la cabeza hacia a un lado. Unos segundos después, los volvió a abrir para ver cómo el cuerpo inerte de la chica roja caía al suelo, con las extremidades giradas de formas imposibles y su cabeza ladeada. Sus ojos blancos estaban abiertos, pero faltos de brillo, sin vida.

Es la primera vez que Rose veía a alguien muerto y, aunque sabía que no era humana, nunca olvidará el cuerpo sin vida tirado en el suelo, con esa mirada perdida.

La oscuridad se fue separando del cadáver, recogándose poco a poco, volviendo a formar una especie de cuerpo de humo oscuro, con piernas, brazos, cabeza, y una siniestra sonrisa. En ese momento apareció por el agujero que habían hecho en la pared el jefe de los Senkabi, el Nazard.

Sus movimientos eran rápidos y nerviosos, caminaba arrastrando los pies por el suelo de la habitación, parecía una especie de mezcla de cocodrilo y serpiente erguido sobre sus patas traseras. Se acercó al cuerpo de Luana, lo tocó levemente con su pie derecho para comprobar que efectivamente estaba muerta y se puso a hablar con el Darfos.

Cuando Rose vio entrar al nuevo monstruo, las pocas esperanzas que tenía de poder escapar se desvanecieron. Había pensado en aprovechar que la sombra estaba distraída con el cuerpo de su salvadora para huir, pero, con la llegada de su compañero, lo veía imposible. Ahora la única opción que encontraba era saltar por el agujero de la pared, pero el miedo la paralizaba y se quedó quieta en el mismo lugar, de pie al fondo de la habitación, protegida por la oscuridad, con la esperanza de que la ignorasen. Aunque con la fuerza con la que le estaba latiendo el corazón no entendía cómo no la oían

El que acababa de entrar parecía estar enfadado, emitía unos extraños y fuertes sonidos mientras que el monstruo oscuro estaba a su lado sin demostrar ninguna emoción. Cuando terminó de hablar, se agachó para inspeccionar el cuerpo de Luana, la movía, buscaba en los bolsillos de su cinturón y en el interior del traje. Mientras, el Darfos se acercaba a su cabeza, fundiéndose con ella durante unos segundos. Cuando volvió a levantarla, aparecieron en su cara, justo encima de la boca, dos grandes ojos blancos.

- ¡Ahh! - no pudo evitar gritar Rose, aterrorizada, al ver que le había robado los ojos.

Se llevó rápidamente las manos a la boca, consciente del error que había cometido, pero ya era demasiado tarde. Los dos Senkabi la miraron, quedándose quietos durante unos segundos, mirándola sorprendidos, como si la extraña en ese lugar fuera ella. Los humanos eran seres insignificantes, que no suponían ningún peligro para ellos, así que no se molestaron en comprobar si había alguno en la casa.

El primero en reaccionar fue el Nazard, que dio un paso hacia ella observándola de arriba a

abajo para descubrir que a sus pies se encontraba, mimetizado con el mismo color del suelo, lo que estaba buscando desesperadamente: el báculo.

Desde que apareció el primer monstruo y la chica roja la empujó al final de la habitación, Rose había entrado en un estado de shock, por eso, cuando Luana le lanzó el báculo a sus pies, no se dio ni cuenta. Ahora, viendo la gran sonrisa en la cara escamada del mercenario, sabía que eso era lo que quería.

Al ver cómo la humana también miraba el báculo, el Nazard se abalanzó a por él, pero, por puro instinto, Rose se agachó, lo cogió con fuerza con las dos manos y sin saber muy bien lo que estaba haciendo apuntó hacia el monstruo, que frenó de golpe cayendo al suelo.

Rose miró el báculo sorprendida, era más pequeño y pesaba mucho menos de lo que le parecía cuando lo usaba la chica de piel roja, sus dedos encajaban perfectamente y lo podía levantar sin ningún problema. Tenerlo en las manos la hacía sentir bien, poderosa, con confianza; notaba cómo emite una leve vibración que le cosquilleaba las manos, que ya de por sí temblaban de miedo.

El Nazard se levantó lentamente sin dejar de mirarla; cuando estuvo totalmente erguido, se lanzó rápidamente sobre ella con un potente salto.

De la punta del báculo salió un gran rayo de color azul que, imposible de esquivar a tan poca distancia, disparó al monstruo por el mismo agujero por el que había entrado y a Rose, que no estaba preparada, la hizo retroceder hasta chocar con los muebles apilados en el fondo de la habitación.

Sorprendida y sin saber muy bien lo que había pasado, observaba cómo el báculo brillaba con una intensa luz azul. Delante suyo, el Darfos la miraba atentamente con sus nuevos e inexpresivos ojos.

- ¡Devuélveselos! - le gritó Rose con furia.

El monstruo oscuro ladeó la cabeza, extrañado, parecía que intentaba comprender la nueva situación, miraba hacia donde había salido disparado su jefe y a la humana. Su sonrisa se ensanchó y avanzó hacia Rose, perdiendo de nuevo su forma y empezando a envolverla en su oscuridad.

- ¡Devuélvelos! - le volvió a gritar Rose fuera de sí, golpeando la base del báculo contra el suelo, lo que provocó un temblor y una explosión de luz que partió en decenas de trozos la oscuridad que ya empezaba a rodearla.

El Darfos reculó, recogándose de nuevo, su inexpresiva cara no demostraba la sorpresa que realmente sentía.

- No puede ser, solo eres una humana - dijo sin mover la boca, con una voz apática, fría, sin sentimiento.

Y desapareció, convirtiéndose en un humo negro que se marchó por la entrada de la habitación.

- Nos volveremos a encontrar, niña - oyó Rose como un eco cuando el monstruo ya había ido.

De repente, se sintió muy mareada y cayó de rodillas al suelo, soltando el báculo. Poco a poco, el frío contra su cara la hizo reaccionar, y se levantó asustada, miró con cuidado a su alrededor por si apareció algún monstruo más, pero los minutos pasaban y solo se oía el viento entrando por los agujeros de la casa.

Todo volvía a estar tranquilo, como si nada hubiese pasado. Se asomó por la puerta para comprobar que no había peligro y, cuando se volvió a dar la vuelta, vio cómo el cuerpo de su salvadora se convertía en cenizas que el viento se llevaba a la calle.

Rose se quedó quieta mirando Luana desaparecer, hasta que reaccionó, como si se despertase de una pesadilla, y echó a correr, huyendo de la casa sin mirar atrás, sin ver que el báculo cambiaba de color y de forma hasta parecer un palo de hierro viejo, oxidado y polvoriento. Pasando totalmente inadvertido en el suelo de la habitación.